

UN VIAJE FANTÁSTICO POR LA AYURÁ

Rafael Acevedo
Mauricio Amariles
Robinson Arango
Jorge Montoya



Fondo Editorial
Institución Universitaria de Envigado

Un viaje fantástico por la Ayurá / Rafael Acevedo, Mauricio Amariles, Robinson Arango, Jorge Montoya - Envigado: Institución Universitaria de Envigado, 2022. 44 páginas: ilustraciones

ISBN Impreso: 978-958-53836-5-4

ISBN pdf: 978-958-53836-6-1

1. Quebrada Ayurá (Envigado) - Descripción y viajes —2. Cuentos colombianos

C863

Un viaje fantástico por la Ayurá

© Rafael Acevedo, © Mauricio Amariles,

© Robinson Arango, © Jorge Montoya

© Institución Universitaria de Envigado, (IUE)

Edición marzo 2022

Publicación electrónica abril 2022

Hecho los depósitos legales

Rectora: Blanca Libia Echeverri Londoño

Director de Publicaciones: Jorge Hernando Restrepo Quirós

Coordinadora de Publicaciones: Lina Marcela Patiño Olarte

Asistente publicaciones: Nube Úsuga Cifuentes

Ilustrador: Robinson Arango L.

Diseño y Diagramación: Leonardo Sánchez Perea

Corrección de texto: Erika Tatiana Agudelo Olarte

Edición

Sello Editorial Institución Universitaria de Envigado

Fondo Editorial IUE

publicaciones@iue.edu.co

Institución Universitaria de Envigado

Carrera 27 B # 39 A Sur 57 - Envigado Colombia

www.iue.edu.co

Tel: 604 339 1010 ext. 1524

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Los autores son moral y legalmente responsables de la información expresada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor. Por lo tanto, no comprometen en ningún sentido a la Institución Universitaria de Envigado.

Prohibida la reproducción total o parcial del libro, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita del autor(es) o del Fondo Editorial IUE.



UN VIAJE FANTÁSTICO POR LA AYURÁ

Rafael Acevedo
Mauricio Amariles
Robinson Arango
Jorge Montoya



Fondo Editorial

Institución Universitaria de Envigado





CONTENIDO

Primera parte

La danza alegre de Yurá 5

Segunda parte

El camino del oso perezoso 15

Tercera parte

La gente feliz del valle que ríe 31





PRIMERA PARTE

LA DANZA ALEGRE
DE YURÁ





COSIACA

Cosiaca nos cuenta la historia de un niño llamado Anselmo, estudiante de la Escuela Fernando González de Envigado. Un día, Anselmo se encontraba haciendo un herbario como tarea de la escuela y, para ello, recolectaba algunas plantas en el solar de su casa, cuando de repente escuchó:

—¡Anselmo, Anselmo! ¡Mira... estás dañando el jardín!

Era su madre Alicia, que había salido al solar. Anselmo sonrió, pues entendió que su madre tenía razón, estaba causando un daño en realidad.

Cuando supo que Anselmo estaba recolectando plantas para cumplir con su tarea, Alicia le ofreció salir al campo de paseo, con ella y sus hermanitos, en busca del resto de plantas.

Alicia llamó de inmediato a sus otros dos hijitos:

—¡Lucas, Tobías, vengan rápido! ¡Vamos de paseo!

La mamá y sus hijos viajaron hacia la quebrada La Ayurá, que queda en el barrio El Salado. Cuando llegaron, Anselmo abrazó fuerte a su madre y corrió hacia el bosque para recolectar las plantas.

Lucas y Tobías le preguntaron a su madre con emoción:

—¿Mami, iremos a buscar las plantas con Anselmo?

—¡Nooooo! —respondió la mamá—. Nosotros iremos a jugar en la quebrada, mientras Anselmo hace su tarea... ¡Será fantástico subir por las piedras, jugar con el agua y nadar!

—¡Ehhh! —gritaron Lucas y Tobías— ¡Será una gran diversión!

—Yo subiré a la piedra más grande y me deslizaré hasta llegar al agua —anunció Lucas.

—Y yo saltaré directamente al otro charco de más abajo... ¡porque es menos hondo! —dijo Tobías.

—¡Recuerden que por toda la quebrada hay pequeños peces que pueden observar, también encontrarán piedras de lindos colores y finas arenas en el fondo de los charcos! —agregó Alicia.

¡Y así comenzaron a jugar en la quebrada!

Entre tanto, Anselmo se fue alejando del lugar donde se había despedido de su madre y sus hermanitos. De un

momento a otro, se sintió perdido en la espesura del bosque y decidió buscar el camino de regreso para encontrar a su familia; confundido, al no ver el ingreso al bosque, regresó a la quebrada y, de repente, percibió el soplo suave y fresco de un viento que lo rodeó. En ese instante salió de las cristalinas aguas de la quebrada una figura gaseosa con aspecto de ser humano, una belleza angelical, esbelta, de alas brillantes y cabellos azulados, de los cuales se deslizaban finas gotas transparentes. Mientras danzaba alrededor, iba dejando un halo gaseoso y un sinnúmero de diminutas mariposas.

Tan pronto estuvieron de frente, Anselmo comenzó a hacerle preguntas:

—¿De dónde vienes?

Ella le señaló con la mano hacia el lecho de la quebrada.

—¿Y cuándo naciste?

—¡Siempre he existido!

—¿Cómo te llamas? —preguntó Anselmo

—¡Soy Yurá!

—Yurá, así es que te llamas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué deseas que haga entonces?

—Que me acompañes a dar un paseo para contarte las historias de la quebrada y mostrarte a su gente.

Anselmo se tomó de la mano con ella y aceptó su compañía en el viaje.

Yurá le preguntó a Anselmo:

—¿Quién eres tú?

—¡Soy un niño de Envigado! —contestó alegre y así empezó la gran aventura. Primero, iniciaron el recorrido por la quebrada hacia su nacimiento.

—¡Oh, qué belleza de paisaje! ¡Es agradable escuchar los trinos de los pájaros y el sonido del agua chocando contra las piedras! —dijo Anselmo.

—¡Esa es mi esencia! —exclamó Yurá.

Yurá avanzó sobre su halo gaseoso y de espirales, con desplazamiento horizontal, siempre dejando una estela de viento fresco que le permitía al niño seguir su trayectoria. Él la escuchaba perfectamente y ella también, el niño respondía a sus preguntas con facilidad.

El lugar del encuentro fue la desembocadura de la quebrada La Miel, un afluente

de aguas claras entregadas después a La Ayurá. El recorrido inició aguas arriba de La Ayurá; caminaron por su margen izquierda sobre terrenos que son aprovechados por los paseantes para su recreación. Allí se encuentran charcos y amplias zonas verdes adornadas con grandes piedras, que permiten instalarse sobre ellas e improvisar mesas. Metros arriba, se observa una de las actividades propias de los lugareños: la extracción de material de playa, arena y piedra, que los areneros con sus palas van cargando en cajones montados en caballos, para luego ser transportados hacia la construcciones en el barrio El Salado; continúan con el ascenso, dejando momentáneamente el curso de la quebrada y siempre conservando la margen izquierda; recorren más charcos, formados por el encerramiento del cauce de la quebrada con piedras, formando una especie de muralla para contener las aguas claras. Al salir de esta zona de recreación, tomaron el camino rumbo al sector de la chocolatería, nombre dado a una casa antigua situada al lado del camino que conduce hacia el

municipio de El Retiro y, anteriormente, a la ciudad de Manizales. En el sector viven familias tradicionales de la zona, las cuales han desempeñado los oficios de campesinos, arrieros y areneros, actividades que las tienen como legado familiar.

En el recorrido se encontraron con uno de los lugareños, conocido con el apodo de Cantinflas, personaje pintoresco de la zona; por su simpatía y buen sentido del humor se ha ganado el reconocimiento de sus vecinos.

—¡Mira, ahí está mi amigo Cantinflas buscando entre mis entrañas arena y piedras para extraerlas! Allí también está Argemiro, mi amigo arriero, organizando los atavíos para el viaje con sus caballos.

Cantiflas con algunas de sus historias, logró sacarle risas a su nuevo amigo, Anselmo pudo descubrir más facetas de estos campesinos que han pasado por todos los roles de la vida del campo y que comparten con su familia la cría de vacas, caballos y gallinas, además de dedicarse al cultivo de plátano, hortalizas, café, yuca y banano.

Siguiendo el mismo camino tomado desde la chocolatería, nombre atribuido a una casa del sector, donde se cree que fue la sede inicial de una empresa de chocolates, y en ascenso suave por carretera destapada y pedregosa, se llega al puente que comunica con el estadero El Barquillo, por donde corre amplia la quebrada y se desliza con suma habilidad entre grandes piedras; en este lugar son pocas las planicies disponibles para albergar paseantes. El viejo puente formado por dos gruesos troncos de madera, separados por una pequeña distancia, solo permite el paso peatonal. A un lado, se suspende de uno de los troncos la tubería que lleva el agua a las viviendas del barrio El Salado; esta tubería libera todo el tiempo agua y aire, ofreciendo un refrescante chorro.



ARRIERO



SEGUNDA PARTE

EL CAMINO
DEL OSO PÉREZOSO





YURÁ

Yurá y Anselmo continuaron el paseo por un camino de piedras que conduce a un bosque. Ese bello camino, rodeado de plantas exuberantes, fue construido por los indígenas.

—¡Anselmo, mira, allí se encuentran dos campesinos carboneros! —dijo Yurá.

¡Quiero aprender sobre la transformación de la leña en carbón! —exclamó Anselmo.

—¡Ellos arman las pilas de leña para luego convertirlas en carbón, eso es mediante el fuego y duran varios días encendidas! —dijo Yurá y, luego de un viento fresco, agregó: — ¡Anselmo, él es Gerardo, un carbonero!

Yurá le presentó a Gerardo el carbonero, quien ni corto ni perezoso pasó a contar sus historias y los detalles de sus vivencias en el lugar.

—Mucho gusto, niño Anselmo. Soy Gerardo Montes, campesino y servidor. Me agrada compartir mis anécdotas con un amigo de Yurá, porque si hay algo que me gusta a mí en la vida es hablar.

Claro, en este tiempo a uno se le han olvidado muchas cosas... aunque muchas cosas ha visto. La Madremonte, propiamente a esa que llaman así, la vio fue mi hermana, y a los duendes mis primas; yo no he visto ni a duendes ni a la Madremonte, lo que sí llegué a ver fue al diablo mismo haciendo pruebas e ilusiones. Lo que son brujas sí me tocó verlas también, conocerlas volando, familias enteras, las del propio pueblo; brujas de recorrido, saliendo de sus casas a pasear por ahí y a asustar a la demás gente. Yo he sido muy simple para eso. Al que sí lo enchamicaban, lo enredaban cada rato, era a un cuñado mío, a ese sí lo dejaban donde les daba la gana a ellas; llegando a la casa lo detenían, se le volvían un zarzal, lo encerraban ahí en la zarza, que es una mata de pura tuna, y no podía salir; otras veces lo hacían meter en lagunas, casi siempre a media noche.

Hay lugares que hoy día pueden estar encantados todavía, encantos hay muchos, pero como este mundo tiene tantos años de estar circulando, basta con fijarse que por él han pasado los indios, han

pasado los escoltas de los guerreristas y nosotros, que ya venimos a ser ramitas en comparación con el grueso tronco que ha pasado desde los inicios de la existencia del hombre, y después de estas ramitas el mundo continúa con su ciclo, almacenando secretos para ser revelados a las nuevas criaturas que lo irán poblando...

Ya hablando de otra cosa, Anselmito, en el mundo del comercio del carbón de leña he estado desde niño y en la finca donde nací llegaron a juntarse hasta veinticinco carboneros. Recuerdo cuando mi padre quemaba grandes pilas de carbón en la montaña cercana a la casa donde crecí; al regreso de su jornada de trabajo nos regalaba frutas silvestres que recogía del camino, especialmente los gajos de moritas.

Desde que yo tenía unos cinco añitos ya hacía pilitas por ahí; las maderas que conocí desde niño son maderas del monte que sirven para sacar remedios como el anís, el chagualo y el higuerón, del cual se saca una leche para purgar. Las pegadillas o mieles que utilizan para hacer remedios se obtienen en los

panales de avispas pequeñas, estos se encuentran en el monte y existen muchas calidades de pegadillas, muchas veces las encontramos donde las mirlas hacen los nidos; allí las avispas fabrican sus casitas.

Las pilas de leña recogidas del monte que se usan para obtener el carbón, se arman también en el monte, junto a ellas se duerme debajo de árboles; allí se pueden pasar hasta cuatro días, tiempo que demora en acabarse la provisión de alimentos que se lleva.

La llamada piedra del indio que está a orilla de la quebrada La Ayurá, que todavía se echa de ver en partes, está cerca de los trabajaderos de los indios; allí ellos elaboraban figuras de piedra, como pequeñas estatuas, gallinitas y sapitos. Se cree que alrededor de la piedra hay un tesoro encantado bastante grande, y el diablo una vez lo mostró. Fue algo como así: había una persona buscando una leña y el diablo, que lo vio provocativo, le dijo:

—Hombre, ¿vos quisieras como intercambiar de leñero, cambiar a ser rico?; vos sabés que uno de leñador pasar a

ser rico es una cosa muy berraca. Lo que te propongo es un pacto sencillo, solo me prestas tu almita y te enriquecés, vení a ver que yo te llevo, andá para allá yo te muestro.

Y le abrió una peña, dizque lo dejó ver unos salones, unas pilas que parecían volquetadas de cascajo deslumbrante. Pero el hombre no fue débil, se echó la bendición, cerró los ojos y cuando los volvió abrir estaba en otra parte de la quebrada.

Así fue, Anselmito, a mí también me salió el diablo en forma de ternero negro, cuando tenía seis añitos. Eso creo. Como yo era tan perverso, porque en la finca criaban dos o tres vacas en la semana, a mí me gustaba torearlas y cierta vez me pasó un cacharro con una, casi que me mata. Me salí a la manga y por tres veces le dije meee, meee, meee y, entonces, resulta que esa vaca levantó la cabeza a las dos primeras veces y volvió y la agachó; volví y le dije meee y cuando levantó la cabeza, ahí sí me partió en carrera. Yo no tuve más que hacer que pegar a correr por un llano y esa vaca encima, las piernas mías cor-

ticas, llegué a una mata de espartillo, me enredé y quedé con la cabeza entre la mata. Cuando la vaca me puso los cascos de sus patas, me sobó por la cabeza, ¡más de buenas que un verriondo! porque me las sobó detrás de mis orejas, me pasó sus casquitos buscándome de para abajo, pero sin causarme ningún golpe. Cuando ella se fue, me levanté hacia la huerta donde estaba el ternero amarrado, el de ella. Llegué a la casa con mareo y con miedo, sabiendo que donde me hubiese matado, no se darían cuenta que fue por molestarla. Lo cierto es que nunca supieron que casi me mata esa vaca. Yo tenía el sistema que a cada vaca que criaba le salía a torearla; conociendo su respuesta ya podía decirles a mis hermanas cuál era mansita o brava para que pudieran manejarla. En esos días llegó mi mamá y, cuando yo estaba jugando ahí en el patio, le dio por decirme: ¡camina, mijo, vamos allá para donde su tía Gregoria, vamos, vamos así, sí! Ahí mismo me agarró de la mano por el camino real. Yo me le fui a soltar y ella dijo: no, camine arrime para que salude a la tía.

Encontramos a la tía Gregoria cerca al poyo de la cocina, vestida con un delantal desde la cabeza hasta abajo a los pies, prendiendo el fogón de leña con yesca, hasta que brotara la llama por entre las chamizas y los palos que estaban puestos en forma de castillos, sobre unas gruesas latas ponía las ollas de barro al fuego, echándole candela y fumándose un tabaco de para adentro, es decir con la parte encendida de este entre la boca, a ella le gustaba meterse la candela para dentro, así se la pasaba la tía en la cocina. Apenas la saludé, cuando inició conversación con mi madre, me les perdí por la calle arriba, donde yo tenía un sacadero de greda blanca, de esa para hacer muñecos. Entonces yo iba pensando: “ahora que estoy solo me voy a jugar con los murciélagos”; ese era el juego mío, consistía en conseguir terrones para tirarles, uno tiraba un terrón y salían miles de una cueva; yo iba meditando en eso y me dio por mirar a la vuelta donde estaba la mina de greda, cuando veo es un ternero negro que arranca. Yo me fui de una para donde mi mamá y mi tía a avisarles que

allí bajaba la vecina doña Aureliana con una vaca de ternero chiquito y el ternero iba adelante. “¡Salgan, salgan que ahí viene un ternerito chiquito y atrás viene la vaca!”. Ahí mismo que ellas se asomaron a la puerta de la casa, comenzaron a decirme mentiroso al ver que no aparecía lo que anuncié. “Caminen, pues, las llevo a donde estaba parado el ternero”, les dije y las llevé hasta allá. Al rato apareció un nuevo finquero cercano a la casa de mi tía Gregoria. Ella le comentó que a mí me habían espantado allí, le dijo lo que yo había visto ese día y le enseñó el lugar. Justo en ese mismo punto él se sacó una carga de oro a los pocos días. Al tiempo, este nuevo vecino se convirtió en el propietario de una gran extensión de tierra en esta montaña.

En estas montañas he visto muchos animales, he visto venados, tigrillos, perros de monte y osos. En cuanto a las apariciones de fantasmas, nunca los he presenciado; lo que sí sé es que a las primas mías sí les tocó ver al Llorón. Eso fue un día a las ocho de la noche, a esa hora tenían que acostarse porque a las

ocho en punto bajaba el Llorón, al que también llamaban el Gritón. A una la sorprendió cuando lo oyó gritar en el camino hacia el Astillero, lugar donde nace la quebrada La Ayurá. “¡Óiganlo!”, exclamó la prima y se agarró de una mata de Chilca, la abrazó cuando pasó cerquita un huracán que casi la arrebató.

En otra ocasión, cuando era medianoche, yo bajaba a pie limpio, descalzo, con dos ollas de leche en una vara, por un camino empedrado; por ahí no había casas, solo una retirada en el campo que hacía parte de la finca de la lechería, cercana al camino real y frecuentada por los arrieros que transitaban hacia El Retiro. En un punto del camino, cerca de la casa, apareció una señora muy adulta, de baja estatura, con pañolón blanco en su cabeza y descalza como yo. Con un gesto de cabeza, sin pronunciar palabra, me invitó a cruzar el alambrado. Su figura traspasó las cuerdas de alambre con púas como si no existiera este obstáculo; yo intenté pasar por el mismo punto que ella, pero a mí me tocó ser prudente, descargar la vara con las ollas y pasar por debajo de la primera

cuerda dispuesta del piso hacia arriba. Una vez pasamos el alambrado, ella hizo de nuevo el gesto que invitaba a seguirla. Sin vacilaciones comencé a dar mis pasos hasta llegar a un árbol grande de roble. En cuestión de segundos, luego de volver la vista a las ollas y mirar hacia el árbol, ella desapareció. A esta vivencia que traigo desde la infancia no le he encontrado explicaciones, aún no entiendo el sentido de la aparición de la anciana ni de su invitación ni de su desaparición, ni de nada...

Es que el mundo es raro, Anselmito. A amigos míos, de mayor edad, les tocó conocer el hoyo seco, que es una ciénaga encantada, dicen que aparecía una totumita con abundante agua. En ese mismo punto se nos ahogó un buey a nosotros, a mi familia. Justo cuando pasaba mi padre con una carga de carbón, el animalito se arrimó a beber agua allí y se lo fue llevando la corriente que apareció de la nada, fue arrastrado con una carga de carbón que era transportada hacia El Retiro.

El rancho en el que vivo lo construí con madera que yo mismo aserré, las

escaleras las fabriqué con largueros de guadua y barrotes de palo; pero ahora tengo que repararla porque en invierno aquí uno no duerme, es demasiada el agua que ingresa por el techo. Hasta aquí le cuento, niño Anselmo, lo que me ha tocado vivir en esta montaña. Espero que Yurá le siga contando y mostrando los lugares y se encuentre con más personajes de estas tierras.

Anselmo y Yurá se despidieron de Gerardo Montes y descendieron por la senda empedrada hasta una cueva grande, profunda, que tenía junto a su entrada un precioso pilón. Un pilón es una enorme piedra con orificios, era usado por los indígenas para pilar el maíz, con unos canales que sirven para lavarse los pies y realizar ceremonias.

Yurá y Anselmo viajaron rumbo al nacimiento de la quebrada en el sitio llamado El Astillero. Yurá le habló sobre el espectáculo del origen del manantial, donde la naturaleza brinda el agua cristalina.

—¡Anselmo, mira los animales que nos acompañan! —dijo Yurá

—¡Son nuestros amigos! —exclamó Anselmo.

—¡Son el conejo, la guacharaca, la pava y el armadillo! —dijo Yurá.

La pava se les acercó volando y les dijo:

—Mi nombre es Brantina y voy en busca del nacimiento de la quebrada; pero, vaya, estoy agotada de volar y volar.

—¡Yo te puedo ayudar! —dijo Yurá.

Yurá sacudió su cabellera que aún se encontraba húmeda, dejando caer algunas gotas de agua, y le ofreció a Brantina que se posara sobre su cabeza; así descansaría y tomaría ánimos para continuar con su vuelo, mientras ella seguía avanzando por el pendiente camino, Brantina aceptó y se aferró a Yurá.

—¡Gracias! —dijo Brantina— ¡Ahora los podré acompañar sobrevolando la montaña del Astillero!

Llegaron al nacimiento de la quebrada La Ayurá y allí vieron a tres osos perezosos que trepaban a un árbol.

—¡Esos son los osos perezosos! —dijo Yurá.

—¡Yo soy Zartüí! —dijo el más ágil de los tres, y luego exclamó: —¡Nosotros queremos tomar el sol!

—¡Y yo soy Yurá! ¡Creo que puedo ayudar a que lleguen pronto a las ramas más altas para tomar el sol!—dijo Yurá.

¡Síí, por favor! —respondió Zartüí.

Y así sus nuevos amigos emprendieron la trepada, aferrados a la cabellera de Yurá.

Desde la montaña el viento sopló y les dio la fuerza para volar junto con Yurá. Miraron hacia abajo y Anselmo dijo con la alegría vibrando en su voz:

—¡Es fantástico!



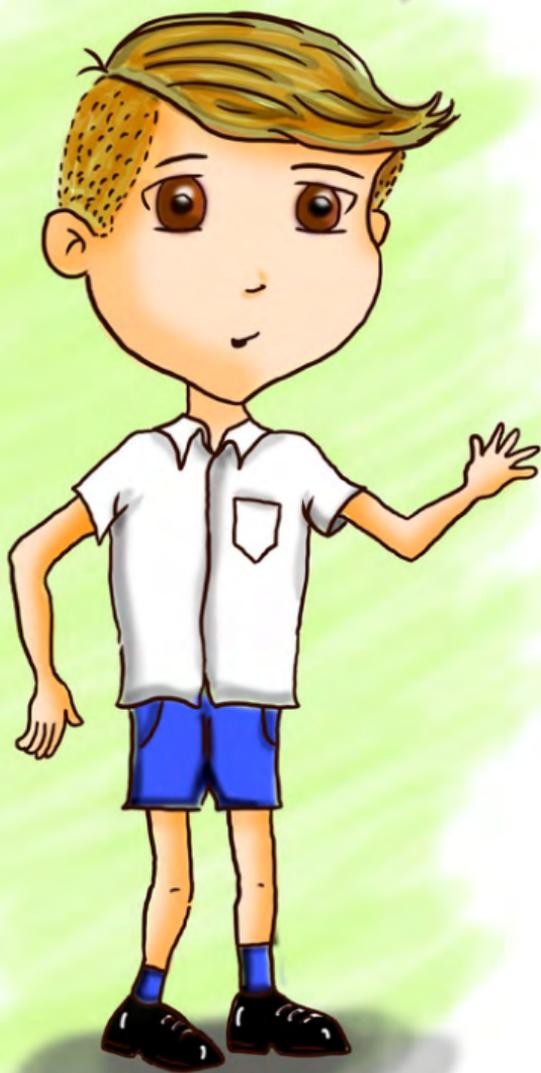
CARBONERO



TERCERA PARTE

LA GENTE FELIZ
DEL VALLE QUE RÍE





ANSELMO

Yurá y Anselmo dieron la vuelta e hicieron su recorrido hacia la desembocadura de la quebrada Ayurá en el río Medellín. Es un descenso por terrenos pedregosos, estrechos y bastante pendientes, en el que hay una cascada en la parte alta. Es necesario abandonar el cauce para descender por el camino de las peñas, un camino entre el bosque y sobre suelo rocoso.

En su recorrido pasaron por el valle de Las Flores, donde los campesinos aún cultivan variadas flores, especialmente los gladiolos blancos, que luego son llevadas por los silleteros a la plaza de mercado de Envigado.

Mientras descendían, Yurá contó la historia de “la manga de los bueyes”, ubicada en la finca La Molina, donde a los arrieros que acostumbraban a cargar madera de noche, les surgía el sonido de campanas como anuncio de la aparición de una mula negra. Con la presencia de la mula negra se erizaban las otras mulas que esperaban ser cargadas. Este lugar se llama “la manga de los bueyes”, porque allí encontraron al interior de una cueva a un buey con una enjalma, un

recatón y con una carga de oro, se dice que lo traían con la carga de El Retiro.

De nuevo, Yurá y Anselmo pasaron por el estadero El Barquillo. El camino sigue hacia el sector El Salado, pasa por el frente de la antigua chocolatería y por la desembocadura de la quebrada La Miel. El descenso por la quebrada La Ayurá es moderado y se pasa por el puente que comunica con la parte urbanizada del barrio El Salado. Luego de cruzar el puente, se encuentra la quebrada La Pava. Más abajo se aparece la desembocadura de la quebrada El Salado, que viene procedente de los sectores de La Catedral y Arenales.

El viento fresco queda atrás junto con el canto de los pájaros, las aguas cristalinas, los manantiales, el bosque frondoso, los caminos de herradura y las aguas puras de la quebrada Ayurá. Al paso por la zona urbana del municipio, el cauce se transforma y es rodeado por muros laterales. A un lado del gradual de la finca Las Brujas, se asoma un puente de cemento, que une el centro del municipio con las lomas de El Chocho, El Escobero y Las Brujas. Luego de

cruzar dicho puente, se encuentra la desembocadura de la quebrada La Sebastiana, último afluente que recibe La Ayurá antes de su salida al río Medellín. Yurá le contó a Anselmo que los habitantes de sus riberas pasan ratos de ocio sobre sus piedras. Anselmo observó que la quebrada les brinda sus aguas a las lavanderas, que pasan días enteros lavando ropa entre el sol, las piedras y sus aguas cristalinas aún.

La quebrada Ayurá la cruzan varios puentes en la zona urbana de Envigado y, finalmente, luego de pasar por el cruce con la vía que comunica a Envigado y El Poblado, llega a morir al río Medellín en una carrera veloz por sendos toboganes contruidos en cemento sobre su lecho.

Después del largo descenso, Anselmo se sentó sobre una piedra para seguir escuchando plácidamente los relatos y las descripciones de Yurá. Regresaron de su fantástico viaje y se encontraron de nuevo cerca de la desembocadura de la quebrada La Miel. Experimentadas las agradables sensaciones y con la imagen de lo vivido, Anselmo vio como

Yurá, danzando entre torbellinos, se reincorporó a las aguas cristalinas de la quebrada La Miel.

“¿Qué he hecho por ti, Ayurá?”, se preguntó en silencio, “¿dónde estás, Yurá?” Y continuó buscando sus propias respuestas. Requería con urgencia que Yurá le respondiera sobre su aparición, quizás sobre un mensaje que ella quisiera mandar a los mortales.

Al entender el corazón del niño, Yura reapareció en medio de su danza. Su presencia transmitía una tranquilidad especial. Regresó esta vez con un invitado y lo presentó:

—¡Mira, Anselmo, este es Tizcam, mi amigo de siempre! —dijo Yurá.

—¡Mucho gusto! ¿Así dicen ustedes los de esta generación, verdad? —preguntó Tizcam, nervioso y preocupado de que su presentación hubiera sido correcta.

Anselmo sonrió levemente y le respondió:

—¡Sí!

Yurá y Anselmo se sentaron y Tizcam continuó:

—¡Conozco a Yurá desde hace más de dos mil años, cuando mi gente habitaba estas tierras! ¡Debo decirte que realmente la vine a conocer cuando me abracé a su lecho! Me enteré por la conversación que escuché de casualidad, pues no acostumbro a fisgonear, que tú estás perdido en este sitio, que has tenido un recorrido que te reveló a la verdadera Yurá, desconocida para ti en un comienzo, la de los poetas, la de los indígenas, la de los amantes, la de las montañas, la de los muertos; y pensé que sería la oportunidad perfecta para que la Ayurá que conozco y sé de memoria, aunque creo ya no tener memoria, sea vista, sea comprendida en su totalidad. Por lo cual deseo contarte mi historia y con ella muchas otras que se desprenden de esta.

Y Tizcam inició el relato:

Mi gente habitaba este valle hace más de dos milenios. Nos hicimos llamar los *itazcat* que traduce a tu lengua “la gente feliz del valle que ríe” y la quebrada que hoy ustedes llaman Ayurá nosotros la denominamos Icatam que traduce “la risa del valle”. A propósito de estas

traducciones, mi nombre Tizcam quiere decir murmullos. Como imaginarás, adorábamos la quebrada, la considerábamos sagrada y era objeto de nuestra veneración, pero un día el cauce de esta creció más allá de sus retiros y se llevó nuestras cosechas y a muchos de nuestros hermanos. Supondrás que nuestra ingenua mente de inmediato concluyó que habíamos ofendido a nuestra madre diosa, proveedora de todo lo que necesitábamos para vivir, así que le hicimos una ofrenda que consistía en una bandeja llena de maíz y oro, nuestras más preciadas posesiones. Xantaba, una hermosa joven, la doncella más linda de la tribu, vestida de blanco, llevó la ofrenda adornada con flores al centro del lecho. Pero algo sucedió: Xantaba perdió el equilibrio y la corriente la arrastró. Mi pueblo lo asumió como una negativa de Icatam y comprendió o creyó comprender que debía irse. Ese mismo día nos dispusimos a partir en silencio y visiblemente tristes; no parecíamos la gente feliz del valle que ríe, sino más bien la gente triste del valle que llora de su tristeza. Nos iríamos al

amanecer, pero yo amaba a la hermosa Xantaba y en la noche, mientras Nepta (la luna) brillaba entera su redondez, yo sufría por la idea de que nunca me volvería a reunir con mi amada. Verás, mi pueblo creía que solo los amantes que mueren en el mismo lugar se encuentran en el más allá; de lo contrario, jamás vuelven a saber el uno del otro. Me atormentaba saber que nos iríamos del valle para siempre, que me iría del lado de Xantaba y tomé una decisión rápida, mortal: corrí hasta el lecho de Icatam. Muy pronto, la corriente multiplicó su fuerza, el agua se alborotó y chocó contra las orillas. Fui arrastrado a las profundidades, aún no se explicar lo que sentí, la belleza que descubrí luego de ver todo en tonalidades verdes. En el fondo apareció una mesa labrada en piedra con las preciosas flores de adorno: allí moraba el cuerpo de Xantaba en un remanso, serena, bella como si durmiera y a un lado se abría una senda, probablemente el camino que su espíritu había tomado cuando se separó del cuerpo muerto. No quise seguir hasta encontrarla, yo solo qui-

se quedarme ahí y descubrir a esa Yurá que era un misterio, una diosa para nosotros. Entonces, como espíritu, podía merodear hasta el lugar más recóndito y eso hice, así descubrí nombres de animales, plantas, lugares y cascadas. Vi cómo llegaron los primeros blancos, los españoles, acompañados por indígenas, que ocuparon nuestro territorio; me entristeció ver cómo permitíamos que gente que no era del corazón de América, y por tanto nuestra hermana, los indígenas que ustedes conocen como los “anaconas” pisaran nuestro suelo, vi cómo los españoles se asentaron en el valle, pero no adoraron a Icatam, al contrario: la trataron con desprecio, vi cómo tumbaron los árboles del valle y dejaron sin hogar a tantos animales. Me pregunté: ¿por qué la diosa no hizo con ellos lo que había hecho con nosotros? Vi cómo empezó la agonía del perico ligero, nuestra venerada quebrada, vi cómo el horizonte perdió altura con la desaparición de los bosques y cómo el valle que ríe se entristeció más. Con todo, a su paso, llegaron las gallinas, los caballos, criaturas maravillosas,

aún me sorprenden las vacas; vi cómo convirtieron sus peñas en estratégicas barracas y sigo viendo a furtivos caminantes que deambulan en búsqueda de elixires para aliviar sus espíritus en este valle, el de Icatam.

Xantaba, Yurá y yo siempre hemos estado presentes en la quebrada. Hemos visto la lenta agonía de Icatam, en medio del silencio y el olvido de todos. ¡Escúchame, Anselmo, tú que puedes con el resto de mortales hablar, quiero que al salir de acá divulgues todo lo que te estoy diciendo! ¡Ve y diles que lo más importante es que los hombres piensen en que el valle vuelva a ser un paraíso, que somos agua y dependemos de ella! —exclamó Tizcam y se despidió de Anselmo con la siguiente frase:

“NOKA LLA ICATAM.” “Despierta, lo pide Ayurá.”

Es el comienzo de un nuevo día para Anselmo, y su madre lo sorprende con estas palabras:

—¡Anselmo, Anselmo! ¡Despierta, se hace tarde para llegar a la escuela!



SILLETÉRO



Un viaje fantástico por la Ayurá
Rafael Acevedo, Mauricio Amariles,
Robinson Arango y Jorge Montoya

Tipografía: Lucida Fax

IUE, Institución Universitaria de Envigado
Carrera 27 B # 39 A Sur 57 - Envigado Colombia
2022

Ayurá, fuente hídrica del municipio de Envigado. El nacimiento de la Ayurá tiene lugar en el alto El Astillero. "Ayurá" es del dialecto indígena anacona, traduce "perico ligero", conocido popularmente como oso perezoso.

Un viaje fantástico por La Ayurá es la narración de un personaje típico de Envigado, Cosiaca, quien habla del niño Anselmo y de un ser mitológico, Yurá, encargado de mover los hilos de los personajes.

Yurá, espíritu de la quebrada, acompaña por el bosque a Anselmo, buscando plantas para hacer una tarea de la escuela. Luego del encuentro con Yurá, decide disfrutar de la naturaleza y conocer más sobre la historia y las costumbres de los lugareños, en un ambiente fantástico, se recrean las vivencias campesinas y las descripciones minuciosas del lugar.